

BABILISMO: PASIÓN DE HABLAR (PRIVADO)

La transición pudo vencer a la verdad de los hechos históricos y de los ideales comunes porque, dejando de lado los restos de moralidad política que, en la oposición, sobrevivieron a la dictadura, hizo virtud de todos los defectos del carácter español desarrollados bajo ella. Entre otros, del indefectible recurso a la facundia para disimular la mentira. Por mucho que se piense en la naturaleza de los cambios morales traídos con el cambio político, es imposible no ver en el miedo y la disimulación el origen de la actual palabrería. El espacio audible se rellena de palabras vacías o falsas, sin conceder tregua al silencio ni a la reflexión, del mismo modo que se silba, en la soledad de la oscura callejuela, para ahuyentar el temor. Las palabras salen de la boca antes de que a ella llegue un aliento de pensamiento. Señal de que la lengua está desatada por una pasión instintiva de ocupar espacio disputado, de conquistar sitio de privilegio, de ser admirada, antes de que entren en juego las ideas y razones que hacen legítima la dominación cultural o política. La lengua se dispara sola no porque tenga algo que decir o que tratar, sino porque tiene algo que ocupar, aunque sólo sea la atención ajena.

La parlomanía —siempre inoportuna, impertinente, pretenciosa y cargante— había sido ya desenmascarada, desde el aristotélico Teofrasto al clásico La Bruyère, como un defecto corriente del carácter individual en los pueblos mediterráneos. En ellos, nadie está libre de sufrir la deprimente experiencia del parlero de la noche. Ese que toma por asalto la primera oreja que se cruza con su incontinencia verbal y que, una vez en posesión de ella, no la desahucia hasta ponerla, sorda de aburrimiento, a la orilla de la almohada. Este peligro privado, del que se puede huir con poco riesgo para la educada convivencia, se convirtió en pesada y turbia atmósfera pública, de respiración tan dañina para la libre ventilación del alma como la polución del aire para la de los pulmones, con el tránsito de la palabra reprimida en cuartel a la lengua suelta en palacio. El nivel de contaminación que el aire nacional, plétórico de voces huecas y frases incoherentes, introduce en las inteligencias y sensibilidades de la colmena ciudadana, a través de los canales de comunicación oral, amodorra los instintos del buen sentido, la capacidad de visión crítica y la moralidad natural de casi todo el pueblo. Y nada ni nadie escapa indemne de este edema oral de la mentalidad pública.

El feo vicio de la palabrería («adolescencia»), más corrosivo que la vulgar charlatanería y menos inocente que la verbosidad, tan alejado de la jovial parlaría como vecino del ingrato parloteo, se expresó en francés con la voz despectiva «babil». De la que he derivado el vocablo «babilismo» para designar con él tanto la pasión de hablar en público sin decir nada con sentido común, o simplemente



comprometedor de la conciencia, propia del político postmoderno, como el arte profesional de contortuosos de radio y televisión, presentadores de libros de moda y oradores de toda ocasión. El genial «Cantinflas» expresó, cómicamente, el oficio «babilista» que el PSOE hizo suyo para la comunicación dramática. De esta forma suramericana, el vicio de palabrería se hizo virtud política con la trasnochada grandilocuencia del último falangista y la elocuente chorretada del primer perorador socialista. Y los intelectuales, clase subalterna de la inculta transición, dieron prestigio idiomático al «babilismo». Forma del hablar infante que, admirada del poder mitológico de las palabras, esconde su ignorancia en un montón de voces inconexas atadas con rosarios de partículas causales. Frente al frío laconismo que, atraído por la simpleza persuasiva de la fuerza, mete toda la idiocia en la redundancia de la frase de mando: ¡haremos lo que haya que hacer, reformaremos lo que haya que reformar!

Antonio GARCÍA TREVILANO

CULPABILIDADES EN CHECHENIA

La guerra de Chechenia sigue adelante, cada vez más prolongada, con su trágica estela de soldados muertos en combate, más gravemente aún, de indefensas víctimas civiles y con el espectáculo de desamparadas multitudes en huida. Y no se realiza ningún esfuerzo por detenerla. Suenan, apenas, pálidas voces de condena y amenaza de sanciones. ¿Dónde quedaron las solemnes palabras pronunciadas hace tan poco tiempo por los gobernantes occidentales y por los mandos de la OTAN? ¿No se aseguraba que no se iba a permitir ningún genocidio? Aunque sea recurriendo al criminal procedimiento de bombardear las fuentes de riqueza y, colateralmente, las ciudades de quien, en la soberana opinión de las grandes potencias, fuere condenado como agresor. ¿Por qué no se intenta algo menos salvaje y más racional, un esfuerzo de mediación?

Si los que denunciábamos la hipócrita política de los gobiernos occidentales, dirigidos por el imperio estadounidense, habíamos insistido en el escándalo de la persecución de los kurdos por Turquía, silenciada por tales poderes, ansiosos, en cambio de defender-



los en Irak, o habíamos protestado contra la pasividad ante las masacres y abusos en Timor Occidental, ahora tenemos un nuevo ejemplo de la doble vara de medir y de juzgar: la enconada defensa de los musulmanes en Kosovo y Bosnia frente a la indiferencia con que son abandonados a esta cruel guerra. ¿Cómo se explica esta indisimulada inhibición? Parece que el Sr Solana ha pronunciado, descaradamente, una primera verdad, —no en balde se afirma que los tontos y los locos dicen las verdades—. «No podemos intervenir porque Rusia posee el arma nuclear». Es decir, las exhibiciones de justicia y poderío, de que se glorian la OTAN y los EEUU, sólo se han de realizar allí donde no hay peligro, donde el atacado es demasiado débil para responder adecuadamente.

Pero la inhibición ante la guerra de Chechenia no se explica sólo por tan elemental como indigna razón. Poderosos intereses del bloque occidental se juegan en esta contienda y se sitúan, aunque sea a disgusto, a favor de la agresión rusa.

En primer lugar, a estas horas lo que fue secreto cuchicheado se ha convertido en «vox populi»: la ofensiva contra Chechenia constituye una maniobra estratégica para llevar a Putin al triunfo en las próximas elecciones, levantándolo sobre el escudo de una popularidad basada en los sentimientos nacionalistas de los rusos y convertido, como César regresando de las Galias, en el vencedor de Chechenia. Fomentar los sentimientos chauvinistas en momentos de crisis e incertidumbre para superarlos es una vieja táctica.

Y a la política occidental, especialmente a la de Estados Unidos y Alemania, que aupó y mantuvo a quien fue la gran desgracia de la Unión Soviética, primero, y de Rusia, después, el espantajo de Yeltsin, le conviene ahora apoyar a su continuador, Putin. Es la manera de frenar a los comunistas en este tardío despertar de las ilusiones del capitalismo que el «agitprop» capitalista califica pintorescamente como «nostalgia».

Nada más paradójico y penoso que la situación de Yeltsin y de su sucesor Putin. Tras haber hundido de un plumazo a toda una gran potencia que definía la bipolaridad mundial, tratan ahora de afirmarse como poder internacional. Para ello buscan la aproximación a China. Y además pretenden capitalizar el dolorido patriotismo ruso, arrebatando a otras fuerzas tal bandera. Aunque la triste consecuencia sean los soldados muertos en esta cruenta guerra como carne de cañón de ambiciones personales.

Y nada más penoso, tampoco, que la situación de los chechenos, cuyas ilusiones de independencia y su hostilidad fueron fomentadas por los servicios de las potencias occidentales para desmembrar el imperio soviético. Y es que tanto unos, los rusos que mueren en combate, como los otros, hombres y mujeres de Chechenia bajo un aluvión de fuego, son víctimas comunes. Y el gran responsable es Occidente que ha fabricado tales escenas.

Carlos PARÍS

EL «LIBRO BLANCO», EL PP Y LA OPOSICIÓN

No se lo esperaba. La reacción de los partidos de la oposición ha sido contundente: el «Libro Blanco» de la Defensa se ha elaborado a espaldas de las fuerzas políticas y entre las cuatro paredes de los despachos del Ministerio. El espía militar cuenta que Eduardo Serra está contrariado porque «le ha salido el tiro por la culata», y nunca más apropiada la expresión.

Serra quería presentar el libro a finales del pasado mes de noviembre, antes de la Pascua Militar y distanciarse del 2000 electoral. No fuera a ser peor el remedio que la enfermedad y le achacasen a él, que no es del PP, que el libro era una maniobra electoral. Precisamente, el argumento que está utilizando la oposición. Pe-

ro en La Moncloa, después de leer el borrador del independiente Serra con lupa, prefirieron que su presentación se retrasara hasta primeros de año, coincidiendo con el comienzo del maratón electoral.

Cuenta el espía que el ministro está desanimado porque ve que el «Libro Blanco» que ha preparado durante meses con tanto esmero puede terminar, merced a las críticas de la oposición y a la torpeza política de ciertos funcionarios monclovitas, en un mero folleto electoral. Y que puede irse al traste su intención de hacer del libro su «degado» para abandonar el Ministerio con alfombra roja.

Juan BRAVO

